

## FAMILIA BRANDI-RUSSILDI

POR: ROSALBA BRANDI DE GONZÁLEZ

Muy poco sabemos sobre la historia de nuestra familia paterna, emigrantes de italianos. Nuestro abuelo cuyo nombre en México era Domingo Brandi Lagatta, resultó ser; luego de revisar recientemente los libros de registro en su ciudad natal: Doménico María Brando Lagatta. Ante la duda por la discrepancia en su primer apellido, se analizaron cuidadosamente los libros mencionados en el Municipio de Rivello, resultando que tanto el abuelo, como el bisabuelos y aún el tatarabuelos, eran de apellido Brando. Suponemos que tal vez al llenar sus formas migratorias en México se cometieron errores, como solía suceder, sobre todo a principios de siglo.

Doménico tuvo dos hermanas que permanecieron en Rivello; una de ellas de nombre Lucrecia, que nació en 1875 y se casó en julio 10 de 1893, con Oronzio Palumbo. Lucrecia en su juventud se hacía cargo de la siembra de sus tierras, cultivando frutas y legumbres, las que comercializaba durante los fines de semana, en Lagonegro y Maratea, aldeaños a Rivello.

Se desprende de una forma migratoria que se conserva, que cuando el abuelo emigró, lo hizo embarcándose en el puerto de Bari, y que su ocupación era la de coprero (el que trabaja el cobre).

Según nos comenta la única sobreviviente de sus amigos, la señora doña Inés De Nigris de Marino, nuestro abuelo Doménico María Brando o Domingo Brandi, solía viajar a Italia, en compañía de su esposo el finado don Vicente Marino.

Desconocemos absolutamente el motivo por el cual abandonaron nuestros ascendientes su hermoso pueblo (que más bien parece un cuento de hadas), localizado al sur de Italia, cerca de la costa de Amalfi, y construidas sus casas en lo alto de montañas. Es bellissimo, como lo es, sin duda, toda la costa amalfitana.



De pie, de izquierda a derecha: Arturo Brandi Russildi , Josefina Russildi de Brandi, Alfonso Brandi Russildi, Doménico María Russildi Lagatta, Fernando Brandi Russildi. Sentadas de izquierda a derecha: Raquel Brandi Russildo, doña María Gallo Viuda de Russildi.

Por ley se conservan intactas sus construcciones, pese a que se cuenta con la modernización necesaria, permanecen sus antiguas casas pintadas de blanco, con teja roja y no se permiten construcciones modernas, la instalación de cables, etc.

El abuelo estuvo casado en su ciudad natal, y procreó un hijo. Su esposa falleció durante una epidemia, mientras Doménico se encontraba en Monterrey; lo que lo obligó a regresar a Rivello, para traer con él a su hijito Nicolás (Brandi - Trani), quien solo contaba con tres años de edad.

Contrajo nuevas nupcias con Josefina Russildi Gallo, joven de 15 años de edad, primogénita de otra familia de emigrados italianos, originaria de Cava dei Terreni, ciudad aledaña al bello puerto de Salerno; quien platicaba a sus nietos, que cuando su esposo salía de casa a trabajar, ella se iba a jugar a las muñecas, al patio de su casa, con sus hermanos menores.

Cuando decide casarse nuevamente mi abuelo, lo hizo a sabiendas que debería afrontar un gran reto; es decir, hacerse cargo no solo de su esposa, y sus futuros hijos, sino también de sus cu-

ñados en ese tiempo muy pequeños, pues mi abuela era la mayor; de su suegra (mi bisabuela) doña María Gallo, y los hermanos de ésta; en virtud de que su esposo había fallecido muy poco tiempo después de haber arribado a Monterrey; por lo que la familia se encontraba desamparada, a falta del soporte principal como lo era el padre.

Vagamente conservamos en nuestra mente, la triste historia que de niños escuchábamos:

Nuestro bisabuelo Vicente Russildi (padre de nuestra abuela paterna), Ingeniero Militar de la Marina, llegó a Monterrey a petición del General Bernardo Reyes, para participar en obras hidroeléctricas. Acostumbraba como buen europeo, tomar un aperitivo diariamente antes de la comida, para lo cual acudía a un bar localizado en la calle de Matamoros, esquina con Zaragoza.

Un día mientras se encontraba en dicho lugar, fue injustamente apuñalado por la espalda, lo que le causó la muerte. El autor fue un torpe asesino. Solo sabemos que murió arrepentido al saber que confundió a nuestro bisabuelo con alguien con quien tenía rencillas, y causó con su cobarde asesinato, el infortunio de una gran familia que dependía económicamente de Don Vicente Russildi.

Se dice que nuestro bisabuelo, al recibir la puñalada por la espalda, alcanzó a girar en actitud de defensa propia y descargó sobre su agresor su brazo fuerza tal que lo azotó al piso. Dado su fuerte complexión, este golpe le causaría muy pronto la muerte al errado agresor. Es fácil y doloroso imaginar la situación que provocó dicho sujeto a nuestros antecesores.

El Coronel Octaviano Ríos y el propio General Bernardo Reyes se hicieron presentes con Doña María Gallo, nuestra bisabuela y tratando de resarcirlos en alguna forma en su infortunio, le otorgaron extensas tierras en Villa de Santiago, N.L. mismas que fueron rechazadas por mi bisabuela, quien con gran dolor le manifestó al general Reyes, que las repudiaba por el hecho de que «ni todo el oro del mundo le devolverían a su amado esposo».

El General Reyes ordenó que fuera sepultado en Villa de Santiago, y existen aun algunos familiares de apellido Gallo en dicho municipio, Nuestro abuelo Domingo, murió nueve meses antes del matrimonio de nuestro padre, por lo cual no lo conocimos.

Instaló a su llegada a Monterrey, alrededor de 1897, un negocio de hojalatería, que fue su fuente de trabajo, al igual que de nuestro padre y hermanos.

No fue sino hasta 1994 que el ex Gobernador Sócrates Rizzo (desgraciadamente, hombre también de origen italiano), acabó con nuestro patrimonio, al ejecutar un decreto expropiatorio y ordenar la demolición de los inmuebles que ocuparon tanto nuestra casa ubicada en 15 de Mayo Ote. 822, entre las calle de Diego de Montemayor y Dr. Coss, como el taller de nuestro abuelo, padre, y ahora de nuestros hermanos, por lo cual ha desarraigado un siglo completo de trabajo, recuerdos y estancia de nuestra familia paterna en Monterrey.

Igualmente ordenó la demolición de la antigua casa de nuestros abuelos, localizada frente a la nuestra en el 817 de la misma calle; misma que debería haberse respetado por su antigüedad y como parte de los monumentos que toda ciudad debe conservar, sobre todo si se cuenta con gobernantes cultos.

Aun cuando sabemos que las ciudades cambian de fisonomía, es congruente sentir al no existir nuestras antiguas moradas, no habrá poder humano que pueda resarcir nuestros recuerdos y vivencias en el barrio llamado ahora Sta. Lucía, en el cual transcurrió nuestra feliz infancia.

Guardamos (la familia Brandi – Garza) asimismo el recuerdo de nuestra abuela Josefina Russildi Gallo Vda. De Brandi, a quien perdimos siendo nosotros muy pequeños; sin embargo nos percatamos que nuestro padre Alfonso Brandi Russildi, solía hacerse cargo de su manutención, por lo que semanalmente cruzábamos la calle (pues la casa de nuestra abuela estaba precisamente localizada frente a la nuestra), para hacerle entrega de una aportación semanal. Realmente nos peleábamos por ir, ya que siempre nos hacía obsequios.

Cuando falleció mi abuela, tal vez por mi corta edad seguí esperando con ansias el día sábado, para ir con «mamá grande a dejarle su semanario». Solo dos veces vi llorar a mi padre, pues ajena de reflexionar el hecho de que ya había fallecido, le insistía a mi papá en que: *«el sábado yo sería quien le llevaría su dinero»*..., sin tener uso de razón suficiente para relacionar que días antes se

había ido para siempre. Mi insistencia provocó a mi papá, que sus ojos se llenaran de lágrimas irremediablemente.

La tengo muy presente rezando su rosario de concha y oro, mismo que como reliquia conservamos. Aún recuerdo cuando mi padre me cargó para que alcanzara a verla por última vez en su caja mortuoria. Son cosas que no se olvidan nunca.

Solía llamar al vendedor domiciliario de frutas y verduras, que acarreaba su carrito diariamente, como el «minorchio» (era tuerco). También vagamente recuerdo que mi padre no hablaba el italiano (solo una que otra palabra.... o palabrota), para que no entendiéramos; pues sus padres preferían hablar el español, aun mal hablado, por lo que el idioma no fue aprendido en casa. Todos los domingos invariablemente, se disfrutaba de comida italiana que mi abuela preparaba fabricando ella misma la pasta. Asimismo producían su propio vino.

Otros países nos proveían de un pan tostadito (del tipo francés). Fonéticamente recuerdo que le llamaba algo así como «pane-cuotto». Era delicioso, con tan solo impregnarlo de aceite de oliva, rebanadas de tomate fresco y algo de orégano, era succulento.

También acudía una vez al mes un anciano italiano, para vender aceite de oliva italiano, entre otras cosas.

Aun conservo como un gran tesoro, una pequeña jarrita de cobre hecha a mano, en la cual me contaron que mi bisabuela doña María Gallo, solía prepararse chocolate. Por cierto me costó mucho rescatarla pues estaba en manos de una prima política, que obviamente no tenía parentesco con nosotros, por lo que tuve que hacerle ver que para ella no tenía ningún valor sentimental dicho accesorio, y por fin después de muchos años de rogarle me la entregara, accedió a hacerlo. Era importante para mí tenerla, pues con ella acaricié su memoria.

Solía mi padre frecuentar a sus amigos también emigrados italianos, quienes se reunían frecuentemente. Entre ellos recordamos a la familia Marino (sus compadres), Cantisani, Bacco, y muchos más.

Ojalá que «el innegable llamado de la sangre» no se extinga entre nuestras familias, en memoria de nuestros antecesores, quienes por alguna circunstancia –grata o no-emigraron de tan

hermoso País, en busca de una mejor vida (en la mayoría de los casos), en nuestro México; dejando seguramente en forma dolorosa, sus mejores recuerdos, sus increíbles paisajes; su grandiosa cultura; arte; historia; su gente y sobre todo, su gran calidez, espíritu y alegría; y que este libro los agrupe al menos en su intención de permanecer unidos y atentos a sus orígenes, a sus creencias, a su particular forma de ser y de vivir.

Lo plasmo, en recuerdo de nuestro finado padre. Alfonso Brandi Russildi, sobre cuyo recuerdo podría llenar muchos libros, pero que puedo resumir simplemente en que fue un quien imprimió en nosotros su calidad de hombre capaz, muy honesto, recto, trabajador tenaz, responsable, intachable, ingenioso e inteligente, y sobre todo: estimado por todos quienes lo conocieron.

Aclaro que además, curiosamente tenía una gran conciencia cívica (enemigo de cruzar la frontera para ir de compras, siempre decía que había que consumir lo que México produce). Su inolvidable ejemplo es, sin duda, la gran herencia que recibimos.